

Buscando la belleza para cambiar el mundo

Juan LOBATO*

Una vez alguien me dijo que en la vida hay que buscar la belleza y alejarse de la fealdad. Como consejo no está nada mal, pero como motor vital es extraordinario. En la primera mitad de la década de los ochenta, el azar hizo que coincidiéramos en la Escuela de Magisterio de Pamplona una serie de gente con ideales parecidos. La Escuela nos ofrecía una visión de la educación academicista y trasnochada con la que no comulgábamos. En consecuencia empezamos a explorar otros ámbitos en donde la creatividad y la imaginación tuvieran el peso necesario. Ese ámbito nos lo proporcionaba el Teatro. Tengo que decir que, desde nuestra posición, nosotros queríamos y podíamos cambiar el Mundo, así con mayúsculas (¡bendita inocencia, cuánto te echo de menos!). La educación podía ser el motor pero tendría que ser “otra educación”. Ocurrió entonces que empezamos a reunirnos para explorar ese nuevo mundo del teatro. Comenzamos con cursillos de movimiento, expresión corporal..., y cuanto más trabajamos más nos gustaba. Tanto que nos permitimos estrenar un montaje de creación colectiva, que era lo que se llevaba entonces. La semilla estaba sembrada. Si no se podía cambiar el mundo a partir de la educación, lo haríamos a partir del Teatro.

Acabamos magisterio y la verdad es que no derramamos lágrimas al dejar la escuela. A partir de ahí nos dedicaríamos al teatro. Formamos nuestra propia compañía. Había que buscar un nombre que fuera cortito, pegadizo, sonoro. Después de dos semanas pensando surgió la gran palabra: Pinpilinpauxa. Algunos concejales de cultura tardaron años en aprendérselo y cuando nos llamaban siempre lo decían mal.

43

La casualidad quiso que empezáramos a trabajar en la calle. Y nos gustó. Aprendimos a andar en zancos, a manejar los malabares, el mono-ciclo y empezamos a participar en kalegiras. El dinero que nos pagaban lo invertíamos en material para el grupo y mientras tanto prácticamente vivíamos del aire. El grupo se asentó. Ya sabíamos lo que teníamos que hacer. En el 86 montamos nuestra primera obra de teatro de calle: *Las aventuras del Pirata*. La calle nos ofrecía prácticamente todo y aprovechamos su invitación. Nos ofrecía cercanía con el público, espacios para transformar y recorrer, espíritu de fiesta, comunicación directa con el hecho teatral. Nuestras obras ocupaban la calle, la transformaban. El público acudía y se dejaba seducir por la propuesta. En un año cambió todo. De empezar actuando en los barrios de Pamplona pasamos a hacerlo por toda Navarra. De hacer una docena de actuaciones el primer año pasamos a hacer treinta en el 87. Montamos *Akelarre* y *El Caballero y el Dragón*. Empezamos a viajar. Nos compramos un pequeño camión (todavía en activo) y un coche. Era maravillosa la sensación que teníamos al subir al camión y saber que tienes unos cientos de kilómetros de carretera por delante. Públicos distintos, ciudades lejanas, el mundo a nuestro

*Actor y director

alcance. Desayunabas en Pamplona y cenabas en Alicante. Actuamos en la mayoría de las comunidades de este país. Al principio con una cierta inseguridad por el trabajo que hacíamos, pero después, al ver la respuesta del público, comprendimos que nuestra propuesta era buena, valía la pena defenderla y así lo hicimos. Había un mundo paralelo al real donde las reglas que imponía la imaginación eran cambiantes.

La propuesta de *La historia interminable* de M. Ende para la calle cumplía nuestras aspiraciones. Así fue como abordamos la propuesta de un mundo fuera de este mundo. Y la calle era su espacio natural. Ahora que ha pasado el tiempo recuerdo a la vieja Morla. Un personaje que él solo podía llenar la calle: sobre zancos construimos una tortuga de 2,5 m de altura. "Ella", la araña, en su telaraña a 5 metros sobre nuestras cabezas, el Espejo mágico, Atreyu y su carro, el viejo Comerrocas... Era sencillamente extraordinario.

Nuestras propuestas no sabían nada acerca de la cuarta pared. Hablaban directamente con el público y lo integraban desde el principio como personajes de la obra. Todo ocurría en la calle y para la calle y nos utilizábamos mutuamente. El público no tenía edad y se prestaba desinteresado e ilusionado a hacer un viaje extraordinario. Detrás de cada esquina podía surgir un nuevo personaje, alguien nos podía sorprender por detrás y todos ellos nos invitaban, a actores y público, a jugar en esa nueva dimensión.

Con *La historia interminable* la compañía dio el salto definitivo hacia la profesionalización.

44

Nuestro ámbito de actuación comprendía buena parte de las comunidades y en un año podíamos hacer un centenar de actuaciones. Y eso permitió también que fuésemos la primera compañía de Navarra que cotizáramos a la Seguridad Social y tuviésemos un sueldo, si exceptuamos el caso particular de la Compañía Joko que trabajaba en el ámbito escolar.

Pasado el tiempo y echando la vista atrás, resulta evidente que no conseguimos cambiar el mundo. En este proceso hemos tenido momentos, instantes efímeros, brillantes. Después del camino recorrido me quedo con la idea de que si no cambiamos el mundo, al menos contribuimos a cambiar por un instante nuestro entorno más próximo.

Siempre se puede hacer algo para aportar un pensamiento, un sentimiento, algo diferencialmente creativo que enriquezca, que aporte algo de belleza a nuestras vidas. La suma de esos pequeños instantes es lo que cambia el mundo. Si esto ha sido así, entonces, habrá merecido la pena hacer el viaje.

Un viaje, un proceso vital, creativo, que fue posible gracias a todos los que iniciamos esa aventura: Feli Maya, Iñaki de Miguel, Ana Beriáin, Alfredo Hoyuelos, Beatriz Napal, y una larga lista de personas que fueron aportando lo mejor de su imaginación para hacer de los espectáculos de Pinpilinpauxa algo vivo, algo con magia, algo con alma.

Con esta idea me quedo pasado el tiempo.